



El espíritu de la luz (Novela, Cap. 1, 2010)

EDGARDO RODRÍGUEZ JULIÁ¹¹⁰

Armando

Tú te embelesaste con lo que nadie quiso mirar. Mientras todos se negaron, tú insistías. Eso sí, un poco sin pensarlo del todo, o vislumbrar sus consecuencias, como quien recala en un objeto que el deseo ha convertido en obsesión. Justo por eso viniste a Macuto. Ya tenías esa semilla que ahora, tan tardíamente, te ha hecho brotar, rompiendo el casco del bombín, esta visita a la clínica, el reino de los electrodos y la ansiedad, porque en estos días la locura es así: tiene que ver con la luz justo como lo indican los electrones. Ya te lo dijo Juanita: “Patroncito, ahora mismo vivimos tiempos de luto”.

Hacia los once años se despertó tu locura. Como tenías que clasificar y contabilizar todo lo que ocupaba y preocupaba tu mente, en un *ritornelo* casi infinito que apenas tenía justificación, te decidiste por la luz; todo lo otro vendría por añadidura. Todo menos el deseo, porque eso también se volvería parte del inventario secuestrado por la luz. Macuto, la luz del litoral, sería tu santuario y también tu inmolación. Buscaste la luz y perdiste la vida, te convertiste en sombra. Eras la sombra vigilante, arrumbada, colocada en el último rincón de aquel palacio.

110 Edgardo Rodríguez Juliá natural de Río Piedras (1946) es Catedrático Jubilado de la Universidad de Puerto Rico y desde 2007 Escritor Residente de la Universidad del Turabo. Ha publicado seis novelas y catorce libros de crónicas y ensayos: *La renuncia del héroe Baltasar* (1974), *La noche oscura del Niño Avilés* (1984; 1991 trad. francés), *Cartagena* (1992, finalista del Premio Planeta-Joaquín Mortiz), *El camino de Yyaloide* (Grijalbo 1994, finalista del Concurso Internacional de Novela Francisco Herrera Luque), *Sol de Medianoche* (1995, Premio Bolívar Pagán del Instituto de Literatura de Puerto Rico 2001), *Mujer con sombrero panamá* (Mondadori 2004, mejor novela del año del el Instituto de Literatura Puertorriqueña) *El espíritu de la luz* (2010). Entre sus crónicas y ensayos se cuentan: *Las tribulaciones de Jonás* (1981), *El entierro de Cortijo* (1983, trad. francés e inglés), *Una noche con Iris Chacón* (1986), *Campeche, o los diablejos de la melancolía* (1986), *Puertorriqueños* (1988), *El cruce de la Bahía de Guánica* (1987), *Elogio de la fonda* (2000), *Caribeños* (2002), *Mapa de una pasión literaria* (2003) y *San Juan ciudad soñada* (2005). Por fin, *La nave del olvido* (Beatriz Viterbo, 2009, antología). Es miembro de la Real Academia Española de la Lengua, director de la revista *La Torre*. Contacto: joseeduardo@unioni.es.



Al principio, muy al principio, durante los primeros meses, te dio con hacer distinciones tontas. Fue tanta la alegría, de haber superado las viejas cantaletas de la obsesión, que perdiste el sentido común, te volviste peligroso para ti mismo. Ahora quisiste clasificar los centelleos de luz del litoral según las manías de tu mirada. Confiaste demasiado, pintor al fin, en los ojos. Primeramente fue el reconocimiento de la resolana, de esa incomodidad en los ojos a causa de las nubes bajas del trópico. De aquella época, la primera, recuerdas el deslumbramiento al caminar por las mañanas hasta El Playón. Tus ojos se encandilaban, pensaste que de tanto delumbrarte, fruncir los ojos y las cejas, te pondrías viejo antes de tiempo, te arrugarías, como los viejos lobos de mar que habías conocido en los muelles de La Guaira. Ya luego pudiste acostumbrarte. Te resignaste. Sabías que te volverías viejo antes de tiempo, por lo que optaste por rigores espartanos, el ayuno místico de apretarte la cintura con una cuerda para así conservar tus carnes magras, hasta macilentas. Convertirte en el pintor descalzo y descamisado del litoral, sólo vestido con un pantalón de rayadillo grueso, fue algo natural, pintoresco, hasta algo turístico, que para nada insinuaba tus locuras venideras. Quizás para no volverte viejo antes de tiempo, porque ése es el primer efecto de la luz del trópico, casi te desnudas. Era una manera, también, de saltar sobre las rocas hasta llegar a los erizos, recordar aquella cómica palabra que habías leído en *El Quijote*: “zapatetas”. Así estuviste hasta que cumpliste treinta y tantos años. Ya para la quinta década de tu vida, si alguien te hubiese mirado a distancia, habría visto un animal temeroso de compañía humana. Eras como un gato tímido que ya luego se volvería indiferente.

Entonces fue que ya empezaron a relajarse los músculos de tu cara. Ibas camino a la perfección, y tus facciones, antes fruncidas, se velaron con una barba que te inclinaba camino al desamparo. Como Juanita era la diosa de la luz, preferiste las muñecas. No tenías idea de lo que suponía el tajo hirsuto y húmedo de tu hembra. Simplemente no eras como los otros hombres, así dicho fatalmente. Te habías quedado infantil, habías cambiado ese miedo al mundo como agolpamiento de cosas por la vastedad de algo que lo ocupa todo, y sin fisuras posibles. Tu mente, que ya flotaba, era el reverso de ese mar de arriba, el cielo, la mitad superior del mundo. ¿Quién te dijo que Juanita era la diosa de la luz? Posiblemente su fealdad, aquellas facciones pesadas y gruesas de india silenciosa, paciente. Ella fue el antídoto contra el deseo, tu iniciación en un anacoretismo más necesario que justo. Relajados los músculos de tu cara, mereciste aquella



barba. Así el semblante no delataría tu vocación inicial hacia la máscara, hacia la indiferencia. De gato tímido pasaste a ser el loco del litoral. Entonces fue que te abandonó lo trágico, para siempre. De hecho, te convertiste en payaso de tu propio circo. Te hiciste célebre; para el turismo de Macuto fuiste bendición. La gente acudiría a ver al pintor loco. Aprenderías a divertirlos.

“Déjate de cosas”, te decía Juanita, con esa intimidad coqueta que jamás pudiste convertir en cópula. La barba fue suficiente, como para guiñarle a Doña Luz. Ya no caminabas tanto en la luz de la playa, ahora mirabas la luz con la curiosidad de un astrónomo. El Castillete fue tu observatorio. Habías pasado de la resolana al deslumbramiento. Ya no tenías boleto de regreso a Caracas; no había vuelta atrás; te lo buscaste. Fue aquel primer paso necesario hacia la contemplación. Mirar esa luz, que parecía como un lienzo en blanco, era conocer algo de su sustancia, porque aquella luz estaba hecha de salitre, eso descubriste. Era fácil tender la mirada al horizonte y hasta adivinar, ya no más alto que la baja nube, aquel resplandor vidrioso, que hasta insinuaba una suave tonalidad ocre, y que simplemente colgaba como la conversación del mar con el cielo, la conversión de éste en aquél. El salitre era tu manera de anclarte en algo, de volver menos cruel aquella luz, de no navegar a la deriva. También, sí, también, las altas palmeras, los cocoteros, te ayudarían. Te dio por llamarlos, algo cursilonamente, un poco al modo de los poetas de Caracas que aún gustaban de los juegos florales, “las princesas de Madagascar”. Ese fue tu modo de pensarlas por tanto tiempo.

Luego, cuando las vaginas polvorientas y pajizas de las muñecas comenzaron a researse, y por fin entendiste que el sexo no era dolor, descubriste un grado superior de luz. Fue porque te hicieron aquella segunda circuncisión, dolorosa e inútil, tardía y profiláctica, porque ya hasta te habías curado de tu modo infantil de deseo. Te cortaron el tejido, aquel frenillo, pero ya era muy tarde para gustar de hembra. Ahí fue que tus paisajes se encandilaron para siempre, que al mismo tiempo te aplicaron los electrodos por vez primera. Aquella manera de entrever el placer y descubrir aquel nuevo dolor, el de perder recuerdo de ti mismo, se volvió el precio que ya no te importaba pagar.



Francisco

¿Cómo dejar entornada la puerta? Para que me entre la luz de la galería, al menos algo... Luz que adivino, porque aquí ya todo está en penumbras. Es mi último deseo recordar los objetos anegados por la luz, como las densas sombras que prodiga el panapén, la búsqueda del cielo en las copas de la maga, ese íntimo verdor en la enramada donde el mamey perfuma, así, como si de repente hubiese dudas sobre la luz, allá en la espesura del follaje. Yacer en esta cama, la mirada pendiente a la luz que corta las baldosas desde la galería, muy atento al rumor de los hábitos allá afuera, alguno que otro siseo de las chancletas de la sor anciana, es haber quedado sometido a la memoria. Y no sé por qué es obligatorio el orden cronológico de los hechos; preferiría que todo se agolpara en mí, con el mismo salvajismo de esta enormidad que se me viene encima.

La pintura de Hacienda Aurora, por ejemplo. Ya no supe si dejarla con esas dos figuras solitarias, las esclavas con los motetes y camino al río, que parecen abandonar una época, o simplemente cumplir el presentimiento de un sitio abandonado, desolado, visitado por la memoria, de donde todo se ha ido menos la luz, donde todo habrá quedado en la expectativa de una presencia que nunca llega. Esa es, precisamente, la luz, porque si me preguntan diría que en el trópico la luz cremosa, matizada, que no asalta los sentidos, sólo es posible en la brisa leve y mañanera. Lo otro es la locura del trópico, es decir, las sombras cortantes, cuando no los perfiles que siempre se esfuman. La luz de Hacienda Aurora, en cambio, nos sugiere la quietud de lo bienaventurado, esa luz “que cargan los ángeles”, como decía mi madre. Todo está así, tan quieto, porque aquel día me alcanzó cierto temor. Sabía que ya pronto—estábamos si mal no recuerdo hacia fines de marzo—todo el alto cielo se tornaría encandilado y sucio; bien reconocí que la nitidez de los campos, la infinita sutileza del verdor, sus posibles matices, serían cosas pasadas, y ya tendría que esperar el año próximo para intentarlo nuevamente. Son, en realidad, tres meses; tan sólo eso dura esta temporada en la luz perfecta, precisamente la que ahí desaparece, como esas figuras de Hacienda Aurora, para dejarnos ver los campos. La nitidez se nos ofrece con dificultad aquí en el trópico. Ahora, en la cercanía de la oscuridad y el final de mi tiempo, porque no soy creyente, y sin pinceles a la mano, entiendo, o creo entender, al fin, esa luz cuyos pasos iniciales ya no están aquí, sino que trastabillan allá, en la galería. Aquí, justo aquí, sólo me consuela algún



resto, la piltrafa que ya va quedando para el moribundo. Quise pintar esa luz; debí, como hago ahora, haberla pensado con más detenimiento.

* * *

Aquello fue una visión. O, mejor dicho, para que fuera visión, verdaderamente, no podía darse el deseo. Ella se lavaba en la tina, la puerta había quedado semia-bierta, justo así, como está ahora la de esta habitación de hospital, y sin aviso me topé, ahí reflejadas en el espejo frente a la tina, con sus nalgas rebosantes. Aquella desfachatez de Josefina sólo era posible porque ella no se percató de mi mirada. En el cuidado obsceno del deseo que sentía por ella, hubiese querido estar seguro de que aquel hondón peludo entre las nalgas rebosantes sólo era una anécdota de mi ternura. Pero no. Mi amor no daba para tanto, aunque presintiera algo más ahí en el deseo regustado, la fruta inadvertida del regodeo, una loca ocasión que por imprevista parecía perfecta. Figoneaba no su intimidad desvergonzada sino mi deseo silencioso, recatado, secreto, como el silencio de un rincón. Ella era todo aseo y yo era un filósofo de la luz y la mirada.

Y digo esto porque más allá de la anécdota, de la tierna mirada como posibilidad de mi amor, acá del deseo y allende aquella mi silenciosa violación, estaba la luz. El visillo del baño era amarillo y la luz crepuscular de París se colaba por aquel alto tragaluz. Lo recortaba todo, a la vez que se suspendía levemente en miles de partículas que flotaban. La luz amarillenta se dispersaba, anegaba y a la vez flotaba, como si ella también estuviese aupando la redondez de aquellas nalgas, enseñándome el fondillo de su cofre, tan peludo. Siempre la embromaba con esto último... Aquella tarde reconocí la solemnidad, el aroma de ser hembra.

Joseph

Tendió la mirada hacia el Mar Caribe, y aunque hizo lo indecible por no ponerse sentimental, se pensó solo, envejecido, y en la obligación de cuidar una equivocación de su lejana juventud. Había ganado aquel concurso de arquitectura hacía ya veintidós años; era joven, acababa de graduarse de la escuela de Nottingham y el talento era sinónimo de entusiasmo. Joseph gustaba de pensarse, entonces, y así fue por largo tiempo, el primer visionario de la arquitectura



inglesa. Era un joven dañado por la convicción de que él sería el primero en romper con la tradición de sobriedad a que obliga la gravedad de un imperio. Aquel concurso le otorgó la oportunidad de concebirse como un visionario de la luz. Era como saberse exótico en un paisaje de cielos grises, en viviendas de aposentos oscuros. La luz sería su oficio. ¿No era esa, después de todo, la ambición inconfesa de la arquitectura? Al mirar y abarcar el horizonte del ancho Caribe, desde aquel ventanal en el cuarto piso del Hotel Jaragua, sonrió con la ironía de los viejos cuando resienten la imaginación de los jóvenes. Aunque él, a la postre, no fuera un viejo. Tampoco era un fracasado, no del todo... Aquel íntimo desfallecimiento de su espíritu residía en otra parte.

Las nubes serían su lienzo. Aquel pensamiento lo recuerda hoy con la nitidez de una vieja acusación. Ahora bien, en su juventud siempre se pensó lucífugo, dotado de una especial incapacidad para la luz. Nada se le había hecho fácil. Así se había cumplido su talento, tan lleno de dudas y siempre apocado. Lo del concurso del faro fue, de algún modo, una compleja paradoja, quizás una ironía que lentamente se convertiría en burla cruel. De todos modos, siempre pensó que en su epitafio debería decir: “El que se esfuerza mucho poco conoce el talento”. De pronto la medianía de edad lo había convertido en masoquista consecuente, y el látigo era justo esa duda, tan terca, sobre la levedad como cualidad principal de la luz. Porque ahí residía la confusión: las nubes lo engañaron, lo confundieron. Pensó que su talento sería tan leve, tan aéreo, como esas nubes que usaría de lienzo.

Mañana será la ceremonia, pensó Joseph. Y aquel dato lo sorprendió nuevamente, tanto así, así de urgente, con la misma ansiedad, como la llamada que recibió aquella tarde de otoño, invitándolo a la colocación de la primera piedra de su Faro a Colón. Su visión finalmente se construiría. Los cimientos se levantarían, le aseguró el Dr. Balaguer, y ya no habría desvío posible, o marcha atrás, en aquel proyecto que conmemorando los cuatrocientos cincuenta años del descubrimiento y colonización de América se había convertido, para el generálísimo Rafael Leonidas Trujillo, en obsesión siempre aplazada. Cuando un tirano aplaza sus obsesiones—fue en 1932 que se fechó originalmente el comienzo de la construcción—la realidad, los hombres y mujeres de carne y hueso, deben prepararse para una orgía de crueldad y perversidad, pensó el arquitecto. Su visión se había convertido en maldición para esta pobre gente. Era como si su



obsesión por domeñar la luz hubiese tirado por la borda, echado al precipicio, volcado a las penumbras, a todo un pueblo. Gustaba pensar eso. Aquel pensamiento salvaje y estrafalario era su íntima perversidad, un pequeño triunfo, el estado tardío de su vanidad lacerada. Se sabía melodramático y fútil al repasar aquel pensamiento. Pero eso ya no importaba. Lo que él pudiera pensar sobre sí mismo casi siempre era falso. Había perdido su ecuanimidad. Dios lo sabía.

Reconsideró las nubes: Para que los haces de luz dibujaran la cruz en el cielo, las nubes tendrían que estar bajas, la noche luciría encapotada, como una mancha oscura sobre el monumento, que se levantaría ahí, a la izquierda, hacia el oriente, más allá de esos palmares vistos a distancia. Ahora las nubes estaban justo, bajas, perfectas; pero aquí y ahora el perfil horizontal de la ciudad sólo producía aquel resol, molesto para sus ojos acostumbrados a la luz plomiza del norte.

El trópico era implacable. Eso se lo advirtió el sastre mientras le ajustaba su traje de dril en hilo quinientos. Los ingleses sí que conocían aquellas telas aptas para los países del trópico colonial. La idea de la crueldad de estas tierras era una noción que de tanto repetirse se había vuelto lugar común frecuentado por todos, luego un enigma que pocos comprendían. Rafael Leonidas Trujillo sobresaltaba su espíritu con una fiereza tal—de nuevo aquella ansiedad, el susto repentino—que casi lo obligaba a arrepentirse de haber aceptado la invitación. Quizás había aceptado por la voz meliflua del Dr. Balaguer. Se reconoció en ella. Adivinaba en aquella pausada y pastosa letanía el disimulo de una gran ambición. Había reconocido su especie, y por ello había venido. Cuando se probó su traje de dril quinientos, el mayordomo le aseguró que tenía la misma pinta de Leslie Howard. Ya no supo si se insinuó algo de coquetería en aquel comentario; era el tipo de cumplido que recordaría para siempre. Su vanidad herida se alimentaba de aquellas nimiedades.

Ciudad Trujillo era aquella ciudad tendida a lo largo de un litoral tachonado de palmeras. Era notable la horizontalidad, lo baja que era aquella ciudad, su cualidad luminosa y despejada. Estaba trazada para acoger el Mar Caribe, abrazarlo sin tardanza posible. Era tan cordial que la construcción de su faro sería como un gran susto, el ataúd colocado en el camino de la vista hacia el horizonte. En 1929 pensó que un faro yacente era una genialidad, la inversión de esa metáfora



de la luz que alumbraba los mares. Aquí se alumbrarían las nubes, se trataría de ilustrar, con aquel ampo proyectado a los cielos, la idea de que son las estrellas, en última instancia, quienes guían a los navegantes. Era tan solo un dato adicional en aquella lista de equivocaciones, como cuando dibujó, en la explanada del faro, dominicanos que dormían la siesta bajo sombreros mexicanos. Había descubierto, hacía ya algún tiempo, que los trópicos eran tristes, pero no genéricos. Que el sopor de la siesta persiguiera a los hijos de la luz, no era prueba de que fueran mexicanos. El Faro era una metáfora de la vigilia. En eso no se había equivocado.